

Robert Louis Stevenson

La Flecha Negra



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *The Black Arrow. A Tale of the Two
Roses*

Traducción de Marisol Dorao Orduña

Primera edición: 2008
Segunda edición: 2021

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



- © de la traducción y notas: Marisol Dorao Orduña, 1991
Grupo Anaya, S. A., 2000
- © Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2008, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-302-3
Depósito legal: M. 4.929-2021
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Nota del autor
11 Prólogo de Juan Arregalotodo
- Libro primero: Los dos muchachos
- 35 1. La Posada del Sol en Kettley
47 2. En los pantanos
55 3. La barcaza
65 4. La compañía de Greenwood
76 5. El cazador sanguinario
87 6. Al final del día
96 7. El encapuchado
- Libro segundo: El castillo
- 109 1. Dick hace preguntas
120 2. Los dos juramentos
130 3. La habitación sobre la capilla
139 4. El pasadizo
146 5. De cómo Dick cambió de partido
- Libro tercero: Lord Foxham
- 159 1. La casa de la playa
169 2. La escaramuza
177 3. La Cruz de San Bride
182 4. El Buena esperanza
193 5. El Buena esperanza (continuación)

201 6. El Buena esperanza (conclusión)

Libro cuarto: El disfraz

211 1. La guarida

221 2. «En casa de mis enemigos»

233 3. La muerte del espía

243 4. En la capilla de la abadía

255 5. El conde de Risingham

260 6. Vuelve Arblaster

Libro quinto: El jorobado

275 1. La trompeta

284 2. La batalla de Shoreby

293 3. La batalla de Shoreby (continuación)

299 4. El saqueo de Shoreby

312 5. Alicia Risingham

322 6. Dick y Joanna

334 7. La venganza de Dick

340 8. Conclusión

Crítico del hogar:

Sólo yo sé lo que he sufrido, y lo que han ganado mis libros, por tu permanente vigilancia y tu admirable obstinación. Y ahora, aquí tienes un libro que sale a la luz sin tu impronta: cosa extraña en nuestras vidas en común. ¡Y su causa, más extraña todavía! He mirado con interés, con dolor, y al final divertido, tus continuados intentos por leer con atención *La Flecha Negra*; y creo que carecería de sentido del humor por completo si dejara pasar la ocasión sin poner tu nombre en el único libro mío que nunca has leído y que nunca leerás.

Todavía espero que otros sean más constantes. Escribí esta historia hace años para un determinado público y aún podría añadir que en rivalidad con cierto autor; creo que hago bien en decir su nombre: el señor Alfred R. Phillips. No quedó sin recompensa en su momento. Desde luego, no podría quitarle al señor Phillips su bien conocida prioridad; pero a los ojos de los lectores que no concedieron ningún valor a *La isla del Tesoro*, *La Flecha Negra* supuso un claro avance. Quienes leen libros y quienes leen folletines pertenecen a mundos diferentes. El veredicto sobre *La isla del Tesoro* cambió en el otro tribunal: me pregunto si ocurrirá lo mismo con su sucesor.

R. L. S.

Saranac Lake, 8 de abril de 1888

Prólogo
Juan Arreglalotodo

Una tarde de finales de primavera, a una hora desacostumbrada, se oyó el tañido de la campana que había en lo más alto del castillo de Tunstall. Desde los lugares más lejanos y desde los más cercanos, en el bosque y en los campos que bordeaban el río, la gente abandonó sus trabajos para acercarse corriendo hacia donde se oía la campana; y en la aldea de Tunstall, unos cuantos campesinos se quedaron escuchando, perplejos, aquella extraña llamada.

La aldea de Tunstall, durante el reinado del anciano Enrique VI, tenía casi el mismo aspecto que tiene en la actualidad. Un puñado de casas, con gruesas vigas de roble, estaban repartidas por un alargado valle verde que subía desde el río. Al pie del valle, el camino cruzaba un puente y, subiendo por el otro lado, desaparecía en los linderos del bosque en dirección del castillo y luego ha-

cia la abadía de Holywood. A mitad del camino que subía desde el pueblo, surgía la iglesia de entre los árboles. A su alrededor, las laderas se coronaban con olmos y robles, cuyas copas se recortaban en el cielo.

Junto al puente había una sólida cruz de piedra que se alzaba sobre un promontorio, y allí se había reunido un pequeño grupo, unas seis mujeres y un individuo alto con una zamarra de color rojizo, haciendo conjeturas sobre el significado del sonido de la campana. Hacía una hora que había pasado por la aldea un emisario y se había bebido una jarra de cerveza sin ni siquiera desmontar: tan grande era su prisa; pero hasta él ignoraba el contenido de su mensaje, y sólo sabía que llevaba cartas selladas de sir Daniel Brackley para sir Oliver Oates, el clérigo, que era quien se ocupaba del castillo en ausencia del señor.

En aquel momento se oyeron los cascos de un caballo, y no tardó en aparecer, saliendo del bosque y pasando por encima del puente, el joven Richard Shelton, el pupilo de sir Daniel. Por lo menos él tenía que saberlo, y los de la aldea le saludaron y le rogaron que se lo dijera. Él tiró de las riendas de buen grado y se detuvo. Era un muchacho de menos de dieciocho años, tostado por el sol, con los ojos grises, que llevaba una chaqueta de piel de venado con cuello de terciopelo negro, una capucha verde cubriéndole la cabeza y un arco de acero a la espalda. Al parecer, el mensajero había traído noticias importantes: era inminente una batalla. Sir Daniel había mandado llamar a todos los hombres capaces de disparar un arco o mantener una lanza, para que fueran con la mayor rapidez a Kettley, bajo pena de un severo castigo; pero por

quién había que pelear o dónde iba a tener lugar la batalla, era algo que Dick¹ ignoraba.

Sir Oliver en persona no tardaría en llegar, y Bennet Hatch estaba preparando el armamento, porque él sería el encargado de guiar la tropa.

–Será la ruina de esta hermosa tierra –dijo una mujer–. Cuando los barones están en guerra, los campesinos tienen que comer raíces.

–No –dijo Dick–. Cada hombre que responda al llamamiento recibirá seis peniques al día, y los arqueros el doble.

–No está mal –replicó la mujer– si regresan con vida. Pero ¿y si mueren, señor?

–No pueden morir por mejor causa que por su señor natural –dijo Dick.

–Yo no tengo señor natural –dijo el hombre de la zamarra–. Yo seguía a Walsingham, y lo mismo hicieron todos los de Brierly; hará dos años por la Candelaria. ¡Y ahora tengo que luchar por Brackley! Lo hicimos porque nos obligó la ley. ¿Se puede llamar natural a eso? Pero ahora viene sir Daniel, y viene sir Oliver, que saben más de leyes que de decencia..., y yo digo que no tengo más señor natural que el rey Enrique VI, que Dios le bendiga, esa pobre criatura que no distingue su mano derecha de su mano izquierda.

–Tu lengua está afilada, amigo mío –contestó Dick–, y está insultando a la vez a tu buen amo y a mi señor, el Rey. Pero el rey Enrique, loados sean los santos, recobrá sus poderes, y todos sus asuntos se irán poniendo en

1. «Dick» y «Dickie» son dos diminutivos de Richard.

orden. Y en cuanto a sir Daniel, veo que eres muy valiente a sus espaldas, pero no seré yo quien vaya a contarle historias. Y baste ya con esto.

—Yo no he dicho nada malo de vos, señor Richard —replicó el campesino—. Ahora sois un muchacho, pero cuando seáis un hombre vais a encontraros con una bolsa vacía. Y no digo más. ¡Que los santos ayuden a los vecinos de sir Daniel, y la Santa Doncella² proteja a los que están bajo su mando!

—Clipsby —dijo Richard—, no puedo escuchar tus palabras sin sentirme dañado. Sir Daniel es mi buen maestro y mi protector.

—Vamos, vamos —replicó Clipsby—. ¿Me contestáis a una pregunta? ¿De parte de quién está sir Daniel?

—No lo sé —dijo Dick, ruborizándose; porque era verdad que su protector había estado cambiando de bando continuamente en los conflictos de aquellos tiempos, y cada cambio representaba un sustancioso aumento de su fortuna.

—No —continuó Clipsby—, ni vos ni nadie lo sabe. Porque, realmente, es de los que se acuesta Lancaster y se levanta York.

En aquel preciso momento, el puente vibró bajo el peso de los cascos de un caballo; el grupo se volvió y vio llegar al galope a Bennet Hatch, un individuo de cara tostada, cabello hirsuto, mano dura y expresión adusta, armado de espada y lanza, cubierta la cabeza con un casco de acero y el cuerpo con una cota de malla. Por aque-

2. Se refiere a Juana de Arco (1412-1431), también llamada la Doncella de Orleans.

llos predios se le consideraba un hombre importante; era la mano derecha de sir Daniel en la guerra y en la paz, y, en aquel momento, en interés de su señor, capitán de cien hombres.

–¡Clipsby! –gritó–. Corre al castillo y manda allá a los demás haraganes. Bowyer te dará el casco y la cota de malla. Tenemos que salir antes del toque de queda. Y ten cuidado, que al que esté el último en la puerta del puente levadizo sir Daniel le dará una recompensa. Fíjate bien en eso, que ya sé yo que eres un desastre. Nance –añadió, dirigiéndose a una de las mujeres–, ¿está el viejo Appleyard en el pueblo?

–Claro –replicó la mujer–. Seguro que está en su campo.

El grupo se dispersó, y mientras Clipsby avanzaba indolentemente por el puente, Bennet y el joven Shelton cabalaron juntos por el camino, atravesando el pueblo en dirección a la iglesia.

–Ya veréis al viejo gruñón –dijo Bennet–. Pasa más tiempo refunfuñando y charlando de Enrique V que lo que tarda el hombre en herrar un caballo. ¡Y todo porque estuvo en las guerras de Francia!

La casa a la que se dirigían era la última del pueblo. Estaba separada de las demás, entre arbustos de lilas, y por detrás la rodeaba un prado, que se extendía hasta los linderos del bosque.

Hatch desmontó, pasó las riendas por encima de la valla y echó a andar por el prado, con Dick a su lado, hacia donde el viejo soldado se encontraba cavando entre sus plantas de coles, entonando una vieja canción con voz cascada. Su ropa era toda de cuero, excepto la capucha

y la esclavina, que eran de lana negra, atadas con cordones rojos. Tenía la cara como la cáscara de una nuez, por el color y por las arrugas, pero sus ojos grises todavía brillaban y su vista era aguda. Quizá estuviera algo sordo, o tal vez considerase indigno de un viejo arquero de Azincourt prestar oídos a tales minucias; lo cierto es que ni los estridentes sonidos de la campana, ni la proximidad de Bennet y el muchacho, parecieron conmoverlo lo más mínimo, y continuó cavando obstinadamente y cantando con voz cascada y temblorosa:

 Mi bella dama, si lo quieres así,
 yo te ruego que llores por mí.

–Nick Appleyard –dijo Hatch–, sir Oliver me encarga que te salude en su nombre, y te pide que, sin pérdida de tiempo, te vengas conmigo a su castillo, para tomar el mando de sus tropas.

El viejo levantó la mirada.

–Dios os guarde, mis señores –dijo con una mueca–. ¿Y dónde irá el señor Hatch?

–El señor Hatch ha sido ya destinado a Kettleby, con todos los hombres que pueden mantenerse en un caballo –contestó Bennet–. Hay allí una batalla, según parece, y mi señor acude con refuerzos.

–Ah, muy bien –replicó el anciano–. ¿Y cuántos hombres mandaré?

–Te daré seis hombres, y a sir Oliver de ayudante –contestó Hatch.

–No es bastante –dijo Appleyard–, son pocos. Necesitaría el doble para poder hacer algo útil.

—Por eso venimos a verte, viejo gruñón —replicó el otro—. ¿Qué otra persona en el mundo podría sacar partido de tan pocos hombres?

—¡Ay, ay, ay! Sólo nos acordamos de los zapatos viejos cuando duele el pie —contestó Nick—. No hay entre vosotros un hombre que sepa montar a caballo ni empuñar una lanza, y en cuanto a disparar flechas, ¡por san Miguel, que si volviera el viejo Enrique V se pondría delante de vosotros y le daría un penique al que le disparase!

—Vamos, vamos, Nick, que tenemos gente que sabe cómo tensar bien un arco —dijo Bennet.

—¡Tensar bien un arco! —exclamó Appleyard—. Puede que sí, pero ¿quién es capaz de un buen tiro de flecha? Ahí lo que cuenta es el ojo y la cabeza bien puesta sobre los hombros. Dime, Bennet Hatch, ¿a qué llamarías tú un buen tiro largo?

—Bueno —dijo Bennet mirando a su alrededor—, un buen tiro largo sería como de aquí hasta el bosque.

—Sí, sí que lo sería, bastante largo —dijo el viejo, mirando por encima de su hombro; luego se puso la mano en la frente protegiéndose los ojos, y se quedó mirando fijamente.

—Bueno, ¿qué estás mirando ahora? —preguntó Bennet—. ¿O es que has visto a Enrique V?

El veterano continuó mirando fijamente, en silencio, hacia la colina. El sol brillaba sobre los prados escalonados, donde unas cuantas ovejas pastaban pensativas. Todo estaba tranquilo y sólo se oía, a lo lejos, el tañido de la campana.

—¿Qué pasa, Appleyard? —preguntó Dick.

—No sé, los pájaros... —dijo Appleyard.

Y, efectivamente, por encima de las copas de los árboles, de unos cuantos árboles del bosque que se alargaban sobre el prado como una lengua de selva, a un tiro de flecha de donde ellos estaban, una bandada desordenada de pájaros volaba sin rumbo, desorientados, de un lado para otro.

—¿Qué les pasa a esos pájaros? —dijo Bennet.

—¡Ay, ay, ay! —repuso Appleyard—. Tienes razón en ir a la guerra, señor Bennet. Los pájaros son buenos centinelas, y en los bosques se colocan siempre en primera línea. Mira, mira bien dónde nos hallamos ahora: como haya por aquí arqueros acechándonos, buscando el favor del viento que les avise de nuestra presencia, aquí estaremos nosotros, como unos insensatos, a su merced cuando el viento nos delate.

—¿Qué estás diciendo, viejo gruñón? —dijo Hatch—. Si por aquí cerca no hay más hombres que los de sir Daniel, en Kettley; estás tan seguro como en la Torre de Londres, y pretendes que nos asustemos porque has visto volar unos cuantos gorriones...

—¡Oíidle! —refunfuñó Appleyard—. ¡Cuántos bribones darían sus orejas por podernos clavar una flecha a cualquiera de nosotros! ¡Por san Miguel, si nos odian tanto como a los gatos salvajes!

—Bueno, en realidad, a quien odian es a sir Daniel —contestó Hatch, un poco más calmado.

—Naturalmente que odian a sir Daniel, pero también a cualquier hombre que le sirva —dijo Appleyard—, y en su lista de odios está el primero Bennet Hatch, y el segundo, el viejo Nicholas, el arquero. Y fíjate bien en esto: si hubiera un hombre allí, en la linde del bosque, y nos tu-

viera a nosotros dos a tiro de flecha, como, por san Jorge, nos tiene, ¿a cuál de los dos crees tú que tomaría como blanco?

—Yo apostaría que a ti —contestó Hatch.

—Pues yo apuesto mi capa contra un cinturón que sería a ti —exclamó el viejo arquero—. Tú incendiaste Grimstone, Bennet, y eso no te lo perdonarán nunca, señor. Porque yo, si Dios no lo remedia, pronto habré pasado a un lugar mejor, fuera del alcance de las flechas, y también de las armas de fuego y de todas sus maldades. Soy un viejo que cada vez está más cerca de su última morada, donde ya me tienen preparado el lecho. Pero tú, Bennet, tú te quedas aquí, expuesto a todos los peligros, y si llego a mi término sin que te hayan ahorcado, es que el viejo espíritu inglés ya ha muerto.

—Eres el viejo más gruñón que hay en el bosque de Tunstall —dijo Bennet, evidentemente molesto con estas conjeturas—. Prepara tus armas antes de que venga sir Oliver, y deja de parlotear por un momento. Si hubieras hablado con Enrique V tanto como ahora conmigo, tendrías las orejas más llenas que el bolsillo.

Una flecha pasó zumbando por el aire, como una avispa gigante, y fue a clavársele al viejo Appleyard entre los dos omóplatos con tal fuerza, que la punta salió por el otro lado; el viejo arquero se derrumbó sobre sus plantas de coles. Hatch, con un grito entrecortado, dio un salto y, volviéndose, corrió a buscar refugio en la casa. Mientras tanto, Dick Shelton se había protegido detrás de un arbusto de lilas, y tenía el arco tensado y listo para disparar, apuntado al lugar del bosque de donde había salido la flecha.

No se movía ni una hoja. Las ovejas seguían pastando pacíficamente y los pájaros habían cesado de aletear y se habían posado sobre las ramas. Pero allí yacía el viejo arquero con una flecha clavada en la espalda, y allí estaban Hatch, con las manos crispadas sobre el arco, y Dick, agazapado y con el arco dispuesto, detrás de las lilas.

—¿Veis algo? —gritó Hatch.

—No se mueve ni una hoja —dijo Dick.

—Creo que no debemos dejarlo ahí tirado —dijo Bennet, acercándose con paso inseguro y el rostro muy pálido—. No perdáis de vista el bosque, señor Shelton; no perdáis de vista el bosque por nada del mundo. ¡Que los santos nos asistan! El tiro fue realmente certero.

Bennet incorporó al viejo arquero, que todavía no había muerto: abría y cerraba los ojos como si se movieran por un resorte, y su rostro tenía una espantosa expresión de dolor.

—Viejo Nick, ¿puedes oírme? —preguntó Hatch—. ¿Tienes algún deseo para antes de que nos dejes, hermano?

—¡Sácame la flecha y déjame morir en paz, en el nombre de Nuestra Señora! —jadeó Appleyard—. Yo ya he cumplido con Inglaterra. ¡Sácamela!

—Señor Dick —dijo Bennet—, acercaos y ayudadme a sacarle la flecha. Este pobre pecador está a punto de morir.

Dick dejó su arco en tierra y, tirando fuerte, consiguió sacar la flecha. Salió un chorro de sangre de la herida; el viejo arquero curvó la espalda echando la cabeza hacia atrás y, encomendándose otra vez a Dios, se relajó y cayó muerto. Hatch, arrodillado entre las coles, rezó con fervor para que Dios acogiera su espíritu, pero, mientras rezaba, era evidente que su pensamiento estaba en otra

parte, y con el rabillo del ojo no dejaba de mirar hacia el bosque de donde había salido el disparo. Cuando terminó se puso en pie y, atándose uno de los guanteletes de malla, se enjugó la pálida frente, que estaba empapada en el frío sudor del miedo.

–Señor –dijo–, el próximo seré yo.

–¿Quién crees que ha sido, Bennet? –preguntó Richard, con la flecha todavía en la mano.

–El cielo lo sabrá –dijo Hatch–. Aquí estamos vos y yo, dos buenos cristianos. Aquí está este pobre hombre, que ha pagado sus culpas, si alguna tuvo, y quizá no pase mucho tiempo sin que yo también pague las mías. Sir Daniel aprieta demasiado.

–Ésta es una flecha muy extraña –dijo el muchacho, mirando la que tenía en la mano.

–Extraña es en verdad, a fe mía –exclamó Bennet–. Negra y adornada con plumas negras. Es un arma de mal agüero, por mi alma, porque dicen que el color negro es el de los funerales. Y aquí lleva escritas unas palabras. Limpiadle la sangre. ¿Qué pone aquí?

–«Para Appleyard, de Juan Arreglalotodo» –leyó Shelton–. ¿Qué puede significar esto?

–No me gusta, no me gusta nada –repuso su compañero moviendo la cabeza–. ¡Juan Arreglalotodo! He aquí el nombre del bribón más grande del mundo. Pero ¿qué hacemos aquí, sirviéndole de blanco? Cogedlo por las rodillas, mi buen señor Shelton, que yo lo levantaré por los brazos, y vamos a meterlo en la casa. Esto va a causarle un buen disgusto al pobre sir Oliver, que se va a quedar más blanco que el papel, y se va a poner a rezar sin parar, como si fuera un molino de viento.

Levantaron entre los dos al viejo arquero, y lo llevaron hasta la casita donde había estado viviendo solo. Lo metieron dentro y lo dejaron en el suelo, para no manchar la cama, y, lo mejor que pudieron, le colocaron los brazos y las piernas en posición.

La casa de Appleyard estaba limpia y ordenada. Había una cama, con una colcha azul, un armario, un gran arcón, un par de taburetes, una mesa en el rincón de la chimenea y, colgada en la pared, la panoplia de flechas y arcos del viejo soldado y su armadura. Hatch se puso a mirar con curiosidad a su alrededor.

—Nick tenía dinero —dijo—. Debe de tener unas tres libras guardadas por ahí. Me gustaría encontrarlas. Cuando se pierde un buen amigo, señor Richard, el mejor consuelo es poder heredarle. Venid, vamos a mirar en este arcón. Apostaría cualquier cosa a que hay un buen puñado de oro ahí dentro. Appleyard, el arquero, tenía una mano muy hábil para conseguir, y muy dura para conservar. ¡Dios le dé el descanso a su espíritu! Con casi ochenta años todavía se mantenía erguido y dispuesto a todo, pero ahora el pobre gruñón está tendido sobre su espalda y ya no necesita nada; y si sus ahorros pasan a manos de un buen amigo, estoy seguro de que allá arriba en el cielo se sentirá contento.

—Vamos, vamos, Hatch —dijo Dick—, ten un poco más de respeto por esos ojos ya sin vista. ¿Vas a robar a un hombre delante de su cadáver? Mira que podría levantarse.

Hatch hizo repetidas veces el signo de la cruz; pero para entonces ya había recobrado el color del rostro, y no estaba dispuesto a dejarse disuadir de ningún propó-

sito. Y habría abierto el arcón de no haber llamado a alguien a la puerta; al abrirse ésta, apareció un hombre de unos cincuenta años, alto, fuerte, de ojos oscuros, vestido de negro con una sobrepelliz.

–Appleyard... –empezó a decir el recién llegado según entraba, pero se detuvo de pronto–. ¡Ave María! –exclamó–. ¡Que todos los santos nos protejan! ¿Qué clase de saludo es éste?

–Un frío saludo para Appleyard, señor clérigo –contestó Hatch, con un total dominio de sí mismo–. Muerto a la misma entrada de su casa, y recién llegado a las puertas del Purgatorio. Y si las historias dicen la verdad, allí no le faltarán carbón ni luces.

Sir Oliver se acercó, tambaleándose, a un taburete, donde se sentó, pálido y mareado.

–¡Esto es una venganza! ¡Oh, qué terrible desgracia! –sollozó, mientras desgranaba una sarta de oraciones.

Entre tanto, Hatch se quitó el sombrero en señal de respeto y se puso de rodillas reverentemente.

–¡Ay, Bennet! –dijo el sacerdote, empezando a recobrase–. ¿Cómo ha sucedido esto? ¿Qué enemigo ha podido ser?

–Aquí está la flecha, sir Oliver. Mirad, tiene unas palabras escritas –dijo Dick.

–¡Pero esto es una locura! –exclamó el sacerdote–. ¡Juan Arreglatodo! Estas palabras son de los *lolardos*³. Y una flecha negra... Qué mal presagio. Señores, esta

3. Nombre que se dio en Inglaterra a los seguidores de la doctrina de John Wyclif (1320-1384). Wyclif admitía como única doctrina la Sagrada Escritura, negaba la jerarquía eclesiástica, rechazaba la eucaristía y las indulgencias y propugnaba la «evangélica pobreza».

flecha asesina me espanta, pero ahora lo importante es saber de dónde proviene. Piensa, Bennet, piensa. De entre las personas de mala voluntad que conoces, quién se nos enfrentaría tan abiertamente. ¿Simnel? Lo dudo mucho. ¿Los Walsingham? No, no son tan estúpidos; todavía piensan que tienen poder sobre nosotros. Está también Simon Malmesbury. ¿Tú qué piensas, Bennet?

—¿Y qué pensáis vos de Ellis Duckworth? —repuso Hatch.

—No, Bennet, nunca. No, él no —dijo el sacerdote—. Los levantamientos nunca vienen de los de abajo, Bennet, o al menos en eso coinciden todos los cronistas sensatos, sino que la rebelión va de arriba abajo, y cuando la gente del pueblo trata de ajustar las cuentas, mira cuidadosamente y busca qué señor se está beneficiando de ello. Ahora, sir Daniel ha vuelto a unirse al partido de la Reina, y se ha puesto a malas con los señores de York. De ahí, Bennet, es de donde viene el golpe, aunque todavía no se me alcanza lo que pretende. Pero de ahí proviene la raíz del malestar.

—Si así os parece, sir Oliver, así será —dijo Bennet—. Las hachas se han recalentado tanto en este país, que hace mucho tiempo que estoy oliendo a quemado. Y lo mismo le pasaba a este pobre pecador de Appleyard. Y, con vuestro permiso, los espíritus de los hombres están tan mal inclinados hacia todos nosotros, que no hacen falta las enemistades de York y Lancaster para espolearlos. Esto es lo que yo, lisa y llanamente, pienso: vos, que sois un clérigo, y sir Daniel, que navega a todos los vientos, habéis despojado a muchos pobres hombres de sus bienes y habéis apaleado y colgado a no pocos. Y al final, no

sé bien cómo, la ley está siempre de vuestro lado, y todo se arregla. Pero permitidme que os diga, sir Oliver, que el hombre a quien habéis despojado y apaleado es el que está más furioso, y un día, cuando ronde el diablo, levantará su arco, y una de sus flechas más largas os atravesará de parte a parte.

—No, no, Bennet, estás muy equivocado. Bennet, necesitas que te corrija —dijo sir Oliver—. Eres un gran charlatán, Bennet, y un chismoso. Tienes la boca más ancha que las dos orejas. Corrígete, Bennet, corrígete.

—No, ya no digo nada más. Ya lo habéis oído todo —dijo el aludido.

El sacerdote entonces se levantó del taburete, y del recado de escribir que llevaba colgado del cuello sacó cera y un sello, y pedernal y acero. Selló así el arcón y el armario con las armas de sir Daniel, mientras Hatch lo miraba desconsolado; y después todo el grupo, todavía con cierto temor, salieron de la casa para coger sus caballos.

—Ya va siendo hora de que nos pongamos en camino, sir Oliver —dijo Hatch, mientras le sujetaba el estribo a sir Oliver para ayudarlo a montar.

—¡Ay, Bennet, cómo han cambiado las cosas! —replicó el párroco—. Ahora ya no existe Appleyard, Dios tenga piedad de su alma, para mantener la guarnición. A ti te la entrego, Bennet. Necesito un buen hombre en quien apoyarme en esta época de flechas negras. «La flecha que vuela de día», como dice el Evangelio. No entiendo muy bien el contexto. No, yo soy un sacerdote muy disipado, demasiado pendiente de los asuntos humanos. Bueno, pero cabalguemos ya, mi buen señor Hatch, hacia adelante. Los hombres deben de estar ya en la iglesia.